



Y me oyes desde lejos y mi voz no te toca *Adolfo Couve*



ESCRIBE
Sara
Vial

Fue una mano de humo la que estrechó en su mano la noche en que el Círculo de Críticos de Arte de Valparaíso le entregamos el premio en Literatura a nivel nacional por su libro *La comedia del arte*.

Llegó con su sigilo a los salones del Club Alemán de Valparaíso, legionario en su tradición de mansión antigua que perteneciera un día a Agustín Ross, el hermano de doña Juana, benefactora dulce que espera hace más de ochenta años el monumento que le ofrecieron a su muerte.

Pensábamos que no llegaría. Su misterio flotaba desde su Cartagena mortal, como un delgado planeta que se evadía en el espacio. Pero allí estuvo Adolfo Couve. En el verano que le prestaba la camisa inmaculadamente blanca, sin chaqueta, con los ojos azules más deseados, no amparados bajo la visera de la gorra capitana con que le vimos en las fotografías.

Al parecer dejó que una sonrisa más ligera que un pájaro se deslizara por la orilla indescifrada de la boca. No nos vimos, por supuesto, al fondo de sus ojos, ni en el fugaz contacto literario y social de dos manos que apenas se rozaron. Agradeció sin palabras, nos miró sin vernos y regresó a su silla con su diploma, como un niño.

A la hora del cocktail se esfumó por supuesto. Qué otra cosa iba a hacer allí un duende, entre las campanadas y el vino tinto, las risas, el ruido de las conversaciones entremezcladas. ¿Habrá



Adolfo Couve

tal vez con alguno o algunos? Parecía genial de todos modos y nos dejó el silencio como toda respuesta. Que responde mejor que el silencio, después de todo. No destruye el misterio de los seres o las cosas, tampoco los tergiversa. Sin contradicciones no seríamos humanos. Nos dejó sin contradicciones. Quizás por eso él se fue en busca del silencio mayor, aquél al cual... Es la muerte y la vida, con todos sus errores, con la palabra que buscamos sin hallarla. Es al menos la vida que tienta con sus frescos racimos y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos.

¡Oh, impaciencia y desgarro de los suicidados! No pueden esperar, tienen que irse, de la forma que sea, aun la más insolita o terrible. ¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidados?

Y el escritor, tan frágil, tan desusado, más frágil que el propio Jorge Teillier, que tuvo la dulzura de esperar.

No esperábamos nosotros esta muerte. Hay pastillas que sumergen en el sueño. Hay tan altas ventanas. O esas tinas de baño en que la sangre se escurre suavemente de la vena cortada en la muñeca. Hay rápidas pistolas o revólveres, lo de Joaquín Edwards Bello o Pablo de Rokha, y pistolas pequeñas como la de la escritora Magdalena Vial. Hay el veneno que se llevó a Teresa Wilms.

La angustia existencial ve su alivio en morir; matar el pensamiento que tortura mucho más que una bala, despedirte para siempre del dolor de pensar. Por eso, en la indecible cara del ahorcado, hemos tenido que reconocer el fino rostro, el helio rostro solitario que llevaba Adolfo Couve por esta tierra. A él, que a lo mejor, anduvo siempre colgado de esa cuerda que nadie pudo ver y que en el viento ondeaba persiguiendo su cuello, nada pudo ayudarlo. Porque las cuerdas finales están en nosotros mismos, y no en el aire mortuorio. El mano porque ya había muerto.

Y me oyes desde lejos y mi voz no te toca [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Y me oyes desde lejos y mi voz no te toca [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile